



JUAN SEBASTIAN BACH.

(Segun el retrato al óleo de Hausmann, que se halla en la sala de música de la escuela de Tomás, en Leipzig.)

Orfundo de una familia ya de antiguo conocida por su disposición Elarmónica, nació Sebastian el 31 de marzo en Eisenach (Alemania), donde su padre Ambrosio fué músico de cámara. A la edad de diez años perdió á su padre, y entonces se le llevó su hermano mayor, que era organista. Este le instruyó en los conocimientos del arte musical, hasta que á los cuatro años murió también este hermano, y nuestro Bach tuvo que buscarse en otra parte su vida, lo que halló en el con del gimnasio de San Miguel, en Lüneburgo, desde donde halló medio de pasar á Hamburgo para oír al célebre organista Reidecke. Desde este tiempo al año de 1708 desempeñó varias plazas de violonista y organista, hasta que recibió una invitacion para Weimar, como organista de cámara del duque, pues su creciente fama se habia esparcido ya en toda la Alemania, y de todas partes le llegaban proposiciones. La amenidad de su actual posicion estimulaba de nuevo su celo, y aqui es donde adquirió la gran maestria en el órgano, en la

cual ninguno de sus contemporáneos ni sucesores en el mismo arte han podido alcanzarle ni menos sobrepasarle. Un nuevo estímulo le proporcionó su nombramiento de maestro de capilla del duque, verificado en 1714, con la obligacion de componer y ejecutar piezas de música sagrada. Alternativamente empleado de organista en varias capitales, fué por último nombrado director de música en Leipzig en el año de 1722, hasta que en el 28 de junio de 1750 le arrebató la muerte después de haber quedado ciego á consecuencia de sus muchos trabajos.

Si echamos una ojeada sobre la personalidad de Bach, hallaremos en él igualmente distinguido al hombre y al artista. Sus maneras agradables y su modestia, como también su honrado y franco carácter, le granjearon en sumo grado la amistad y benevolencia de sus contemporáneos, é igualmente con los demás artistas vivía en perfecta armonía. Como organista no halló rival, segun hemos dicho ya, y á

El se le debe el uso independiente del pedal, y en el arte de manejar los registros producía efectos increíbles. Además tocaba otros instrumentos de cuerda, como el violín, la viola; pero en lo que más sobresalía era en la composición, habiendo compuesto un número fabuloso de piezas de música, de las cuales citaremos solo las más célebres: en una visita á Berlin compuso su célebre fuga, llamada *el sacrificio musical*, para el cual le dió el tema el mismo rey de Prusia Federico II; cantatas y piezas de música sagrada para todos los domingos y días de fiesta durante cinco años, esto es, más de 300 números; luego 5 oratorios, unas 20 cantatas de ocasión, un gran número de motetes, 10 misas, 5 grandes composiciones de la pasión, piezas de piano y órgano, entre las cuales es la más célebre la llamada *el piano bien templado*, que contiene 48 preludios y fugas, y por último 6 sonatas para piano y violín.

POR TI.

NOVELA ORIGINAL.

(Aprobada por el censor.)

CAPÍTULO PRIMERO.

UNA CONVERSACIÓN CON EL PAÚT, Y LO DEMÁS QUE VERÁ EL CURIOSO LECTOR.

— ¡Diabolo! ¡diabolo! para subir á tu habitación se necesita más valor que para apoderarse de una batería. ¿Cómo te se ha ocurrido este á vivir junto á los dioses del Olimpo?

—Qué quieres, Arturo! no todos somos capitalistas como tú, y podemos obrar siempre según nos acomoda.

— ¡Oh *má caro!* esas son acusas y no más; porque si atribuyes á falta de dinero el habitar esta miserable buhardilla, ya sabes que mi bolsa es siempre de mis amigos, y creo que tú te puedes contar entre ellos.

—Yo lo sé, y te agradezco tus intenciones; pero ya sabes que los poetas buenos y malos tenemos orgullo en la pobreza, y no habrás olvidado mis pretensiones literarias.

—No por cierto. Y á propósito, ¿qué es lo que escribes? ¿no has publicado nada? Haces mal; yo en tu caso haría mi *debut* en el mundo literario con un drama romántico de grande espectáculo en seis actos y veinte cuadros, con variedad de metros, y...

—Basta, basta, amigo; en materias de corridas de caballos, de bailes y bailarinas, puedes hablar con conocimiento de causa; en literatura... vas á hacer *fosco*, y no lo puedo permitir.

—Yo, que tuteo á Zorrilla y á García Gutiérrez; que conozco á todas las modernas lumbreras de las letras españolas; que hablo en el taller de Esquivel y de Madrazo de *distintid* de tintas, de composición y colorido; que en el teatro del Circo doy la mano al empresario, y el brazo á la Pucó y á la Goy, ¿no he de estar enterado de literatura y bellas artes? Desengáñate, *mon cher ami*, el negar mi valor en estas materias es lo mismo que negar que los astrólogos advinan el porvenir.

—Siempre tienes mi humor original, y es una fortuna para ti y para los que están á tu lado.

—El *matado comedia* es, y lo mejor que puede uno hacer es reír y no pensar. Pero voy muchos papeles sobre esa mesa, y abusando de tu amistad, voy á enterarme de su contenido.

Arturo se puso á hojear todos los escritos; poco después, volviéndose á su amigo, exclamó riéndose:

— ¡Ah! ¡ah! tú estás enamorado. No lo extraño; eres poeta, *cojla loco*. ¿A que has encontrado una celestial criatura, un ángel de belleza, que

es una perla escondida
entre las algas del mar,

á quien adoras con todo tu corazón, y de quien eres correspondido con igual ternura?

—Que hayas hallado algunas palabras de amor entre mis papeles, nada prueba; serán capitulos sueltos de alguna novela ó otro escrito de este género.

—Mucho podría contestarte, Salvador, á lo que has dicho; pero quiero apelar á tu franqueza; y cuento que el no decir la verdad es indigno de un *gentilmani* castellano, que presume poseer las virtudes de los paladines de la *moyen age*.

—Y bien, nada te daría de particular que fueran ciertas las suposiciones.

—Eso lo acabo de decir yo. ¿No quieres confesar tus amores? Cá-

lalo en buen hora. Muy feliz serás cuando ocultes en el fondo de tu pecho la pasión que te consume; pero recuerda bien estas palabras; conservar el cariño de una mujer es tan difícil como apresar entre los dedos el agua de un impetuoso torrente.

—Muy desesperadas son tus ideas.

—Son hijas del desengaño; para mí en el mundo moral nada hay cierto; amistad y odio, sabiduría é ignorancia, son palabras sinónimas que nada dicen ni significan. Siento haber venido á este terreno, porque temo que el *spleen* se apodere de mi espíritu; así pues te dejo; voy á dar el pésame á una señora por la muerte de su marido, acontecimiento que estoy seguro que mas la sirve de satisfacción que de sentimiento, y después á charlar un poco con mis amigos de la brillante soirée de la condesa de X***. Adios, Salvador, te deseo felicidad en tus amorosas empresas.

—Adios, Arturo, y cuando vuelvas á verme no hables de la manera que hoy lo has hecho, porque tus palabras marchitarán mis ilusiones; soy poeta, ó pretendo serlo, y un poeta sin ilusiones es una flor inodora, es un cristal sin transparencia.

Tenia lugar la conversacion que dejamos transcrita en una pequeña habitación de la calle del Clavel, de la muy heroica y coronada villa de Madrid. La descripción del cuarto merece párrafo aparte y la competente licencia de la bella lectora ó amable lector que á este punto de nuestra narración llegare.

Era una sala rectangular de diez y seis pies de longitud por cuatro de latitud; en una de sus paredes más largas había dos puertas, la una que servía de entrada, y la otra que daba paso á una alcoba modestamente ahajada. En el centro del lienzo de pared frontero al que hemos mencionado había un balcón en el cual se veían varios tiestos y macetas de hermosas y exóticas flores. Tanto este balcón como las puertas estaban adornadas de colgaduras y pabellones de damasco verde, que en sus primeros tiempos, por su riqueza y buen gusto, podían haber figurado en una morada régia; pero que en la actualidad daban claras muestras de que todo envejece en este pícaro mundo. Dos estantes llenos de libros de literatura, novelas y poesías, un sillón en medio con una mesa de estudio delante, sobre la cual se veían confundidos multitud de periódicos, manuscritos y cartas, ocupaban uno de los costados de la habitación; en el otro varias sillas de nogal con asiento de terciopelo negro, compañeras en antigüedad de las colgaduras y pabellones, llenaban la parte inferior, y en el centro había colgada una panorámica en la cual estaban simétricamente arreglados varios floretes, sables y pistolas.

Entre las dos puertas de que dejamos hecha mención, había un singular cuadro en que felizmente para Salvador no reparó su descreído amigo Arturo. Una gasa blanca como el ampo de la nieve impedía el examen de aquella misteriosa pintura. Nosotros, á fuer de minuciosos historiadores, atravesaremos con el pensamiento este levisimo estorbo, y diremos lo que detrás de él se ocultaba. Era un pequeño paisaje que representaba unas gigantescas montañas, un ave de especie desconocida atravesaba el espacio salvando las más elevadas cumbres y volando con rapidez hacia un confuso y lejano horizonte que en lontananza se distinguía; por bajo había escrito con caracteres dorados estas sencillas palabras: Por tí. ¿Qué quería decir esta breve inscripcion? Tal vez encerraba un mundo de recuerdos, tal vez era solo un capricho de poeta.

CAPÍTULO II.

LAS CALLES DE MADRID, LA IGLESIA DE SAN LUIS Y CUERTOS ENSUEÑOS DE LA PRIMAVERA DE LA VIDA.

Madrid, á las seis de la tarde de un hermoso día de junio del año de 184... era un cuadro que suministraría largas páginas á la observadora pluma del Curioso Parlante, y que inspiraría no pocos sarcásticos pensamientos al mologrado autor de *El Doncel de don Enrique el Doliente*.

Todo es animacion y bullicio. Los tenderos quitan las cortinas que durante la mañana les han librado de los ardorosos rayos del astro del día, y riegan la parte de acera que ocupan sus puertas, no sin grave daño de los elegantes vestidos de las señoras que á los paseos se dirigen. Multitud de coches de varias formas y magnitudes se cruzan en todos sentidos y direcciones. Mirad aquel ligero tilburi, ocupado por un jóven cuyos grandes y expresivos ojos destellan orgullo y dignidad; preguntadle cómo ha cambiado el rolo frae de pretendiente por ese lujo fastuoso, y le vereis palidecer y callar, y Misterios de la corte!

Nas allá se ve una aristocrática carretela; dos arrogantes yeguas de Mecklenburgo forman el tiro; los lacayos visten librea azul celeste, y en sus blasonados cuellos se distinguen las armas de los duques de R... La encantadora Enriqueta ocupa el interior del carruaje acompañada de su mamá y de su futuro esposo el fatuo hijo del marqués de Florverde. A estos carruajes sigue el modesto landó del médico, el charolado *tré por ciento* del bolsista, el antiquísimo y proverbial al-

mon, y por último el popular coche de colleras, cuyos sonoros cascabeles y campanillas parece que nos gritan: ¡á los toros! ¡á los toros!

Multitud de amazonas y ginetes, montados los unos según el airado figurín de los hijos de Albión, y los otros siguiendo la abasada escuela que usaron nuestros abuelos, caracolean y lucen su habilidad lúpica, causando no pocos sustos á alguna vieja contemporánea de Godoy.

Se abren las persianas de los balcones, y aparece algún patético ciudadano que se frota los ojos en señal de que acaba de dormir la siesta, ó alguna muchacha de pocos años, pero de muchos encantos, que dirige sus miradas á cierta esquina á ver si su amoretado Adonis está ya en espera, hacerse después el encontradizo cuando salga con su familia, y de este modo, entre los pintorescos paseos del Buen-Retiro ó en el confuso gentío del Salón del Prado entablar una de esas conversaciones que forman nuestra dicha cuando tenemos diez y ocho años, nuestro entretenimiento á los veintiseis, y que á los treinta y cuatro nos hastian.

Y sin embargo de que tan mundanos pensamientos ocupaban la mente de los habitantes de Madrid, no faltaba, no, quien mas religioso ó acaso mas desgraciado, penetraba en uno de los templos del Altísimo y consagraba un recuerdo al aular de la creación.

La iglesia de San Luis está abierta. Un jóven atraviesa el cancel y penetra en su interior. A la incierta luz de una lámpara podemos reconocer á nuestro Salvador de Lazan. Delinease enfrente de una capilla, apóyase en la vitorja, y dirige sus miradas por todo el ámbito del templo. Alguna que otra persona oraba poética de rodillas con religioso fervor; ni el mas leve ruido llegaba á los oídos de nuestro héroe. Aquel silencio, aquella soledad, tenían algo de misterioso, algo de sublime. Salvador se conmovió hondamente con una de esas sensaciones internas que á manera del magnetismo estremecen nuestra naturaleza hasta sus últimas profundas fibras. Entonces elevó sus ojos al cielo y formuló en su corazón una de esas oraciones que no bastarían largas páginas para expresar, y que sin embargo quedan dichas con una sola palabra que pronuncian nuestros labios. Esta palabra encierra nuestras esperanzas y nuestros deseos, nuestras ansias y nuestros desencantos.

Pocos momentos después se hallaba en la calle. Atravesó con ligero paso la Puerta del Sol, tomó la Carrera de San Jerónimo, y después de cruzar tres ó cuatro calles más, dió fondo en un piso segundo de cierta casa cuyas señas callamos por razones que sería prolijo enumerar.

Sentada languidamente en un mullido sofá, se ve una jóven de quince á diez y seis años. Rubio y sedoso el cabello, cae formando bucles que adornan el ovalado contorno de su bellísima fisonomía. Sus claros y serenos ojos azules destellan miradas tiernas y melancólicas como el recuerdo del placer perdido; en su pequeña boca, típidamente plegada, se nota un sello de bondadosa dulzura imposible de desconocer. Su alveo culis, su menudo plé, su esbelto talle, su torneada y aristocrática mano completan sus encantos. Pura, fantástica, hechicera, parece una virgen del Norte, una vigorosa evocación de la hada de los lagos; falta un Walter-Scott que la describa dignamente.

Dos ó tres veces ha vuelto la cabeza con muestras de infantil desagrado. Por último se abre la puerta de la sala y aparece un criado anunciando al señor don Salvador de Lazan.

—Te esperaba con impaciencia, dice la jóven tendiendo la mano á Lazan; temía que hoy que estoy sola tuvieses alguna ocupacion que te impidiese venir.

—¿Y á qué debo el placer de poderte hablar con libertad?

—Mi mamá ha salido á dos ó tres visitas, y ha logrado escabarme de acompañarla diciendo que estoy indispueta. Tu amor me hace ser inocencia.

—Y á mí el tuyo, Fanny, me hace el mas feliz de los mortales.

—¡Engañoso, qué bien finges un cariño que no me tienes!

—¡Que no te quiero, bien mio! Mira: por tí paso las noches en vela sobre un antiguo y carcomido volumen; por tí trabajo y escribo; tu retrato está repetido en todas mis novelas, en todas mis obras, y cuando la fatiga y el cansancio cierran mis párpados, ojo mi vista en un pequeño cuadro que hay en mi gabinete, y representa un ave que atraviesa el espacio en direccion de un lejano horizonte; debajo hay escritas estas sencillas frases: *Por tí*. Aquella inscripcion me da nuevo vigor, y emprendo mi suspendida ocupacion.

—Te crees, Salvador mio; sé muy bien que me amas; si llegase á pensar lo contrario seria muy desgraciada.

Y al decir esto una lágrima brilló en la mejilla de la linda niña; Lazan tomó una de sus manos, é imprimiendo en ella un ardiente beso exclamó con creciente entusiasmo:

—Sí, sí, Fanny, te adoro, te idolatro; mi amor es infinito, puro, como inspirado por un ángel, por un ángel de belleza. ¡Ah! ¡pluguiera al cielo que pudieras ver hasta el fondo de mi alma, y contemplar

hasta dónde llega mi pasión: entonces me amarias, porque es imposible que permanecieses indiferente á la inmensa ternura que por tí siento. Si me pidieses el sacrificio de mi vida, te lo concederia gustoso, porque á tí nada puedo negarte.

La jóven escuchaba con placentera sonrisa las apasionadas frases de Salvador; por último contestó con acento tierno y vibrante:

—Amigo mio, ya sabes los obstáculos que se oponen á nuestra union; la mayor prueba que puedes darme de cariño es vencerlos pronto, pues en tu mano está.

—Sí, amada mía, redoblaré mis esfuerzos, te lo juro. Laura inspiró al Petrarca sus fáciles y armoniosos versos, Torcuato Tasso escribió su *Jerusalén* pensando en la bella Leonor de Este; pues bien, yo pensaré en la encantadora Fanny, y si no acierto á expresar tan sublimes conceptos como aquellos celebrados ingenios, por lo menos todo lo bello que en mis composiciones se advierta, será debido á tí; los defectos serán míos.

—Mira, Salvador, cuán dulce es el porvenir que nos espera. Unidos cruzaremos este mundo febril y engañoso; tus penas serán mis alegrías tuyas; jamás la mas ligera nube oscurecerá el cielo de nuestra felicidad; tú serás siempre el hombre de corazón noble y franco, que mil veces soñé en mis ilusorios desvarios; y la débil mujer destinada á sostener la cabeza del poeta, agobiada bajo el peso de mil dolorosos desencantos.

—¡Ah! no me embriaguez con doradas ilusiones, que por desgracia estan lejos de la realidad. ¿Mas qué digo? ¿Por qué desconfiar? Tal vez no esté lejano el dia en que pueda llamarte mía. Y al decir esto Salvador estrechó con efusion las manos de su amada.

¿Mas qué mucho? Era esa hora media entre la noche y el dia, hora poética y misteriosa, vaga y melancólica. Los balcones de la habitacion estaban abiertos, y varias flores que en ellos se veian embalsamaban el ambiente con sus grates suavísimos perfumes.

Después de mil y mil protestas y juramentos se separaron nuestros dos felices amantes. ¡Afortunados seréis cuyos vírgenes pensamientos los prescanta el amor como el término de la dicha humana. ¡Quiera el cielo que no se rompa jamás el brillante prima de vuestros fantásticos ensueños!

CAPÍTULO III.

EN QUE SE HABLA UN POCO DE AMOR Y DE LITERATURA.

¿Sabéis lo que se llama amor en el siglo XIX? Pues bien, vamos á explicarlo. Suponed un jóven barboso, fático en grado heroico y eminente, y vestido según el último figurín venido de la ciudad que haña el Tánisis ó el Sena; nuestro héroe asiste á un baile dado por la condesa de M., ó la baronesa de H... ve á una de esas niñas que tanto abundan en la sociedad madrileña, que á los quince años han escuchado cincuenta declaraciones, y que á los veinte... pero detengamos nuestra pluma, pues marchamos por un terreno asaz resbaladizo. Bailan juntos una redowa la candorosa doncella y el emprendedor mozo; bien pronto se entabla una de esas conversaciones que por antonomasia se llaman interesantes; el uno hábla por pasar el tiempo, la otra escucha por especulacion, coquetismo ó otras causas que callamos. Estas relaciones duran una semana, un mes, acaso mas; después, unas veces sin causa, otras el mas leve disgusto, viene á marchitar y dar muerte á las tempranas flores que comenzaban á brotar en el pranal de los amores.

Así pues, si dijésemos que Salvador de Lazan estaba locamente enamorado de Fanny, no faltaría algun lector que viese en nuestras palabras uno de esos amores sociales que hemos intentado describir. Para evitar este error daremos algunos antecedentes acerca de los dos personajes que figuran en primer término en esta verídica historia.

Fanny de Mendoza era huérfana de padre; este al morir había dejado algunos bienes, lo cual unido á la virtud que correspondia á su mujer por varios destinos diplomáticos que había desempeñado, permitian cierta holgura á la familia de la linda jóven. Salvador de Lazan había conocido á la habida amada con ese frenesí que solo se siente una vez, con ese cariño que diviniza al objeto amado y le rinde mas que adoracion idolátrica.

Una experiencia obrado dolorosa nos ha convencido de una amarga verdad, que vamos á consignar, siquiere se nos tache de pesadid y difuso narradores. Parece que Dios ha colocado una cantidad dada de ternura en dos corazones que se unan; de este modo cuando encierra el uno mil tesoros de pura y ardorosa pasion, hállase el otro frío é indiferente á sus amorosos transportes. Fanny y Salvador eran una escepcion de lo que acabamos de decir; adorábanse con ese amor que ha hecho exclamar al autor de Sancho Saldaña:

¡Oh llama santa! ¡celestial consuelo,

Sentimiento purísimo! memoria

Acaso triste de un perdido cielo!

¡Qué! esperanza de futura gloria!

Sin embargo, grandes obstáculos se oponían a la unión de los jóvenes amantes. Salvador no tenía ninguna carrera ni bienes de fortuna. Empero no por esto se abatía su espíritu; tenía fe y entusiasmo, y con estas palabras creíase capaz de conmover el mundo entero. Dedícase a la literatura. Bien pronto apareció su nombre en todos los periódicos de mayor valor de aquellos días; mas esto no le proporcionaba sino un medio de subsistir estrechamente ó innumerables felicitaciones. En las altas horas de la noche velaba en su habitación nuestro héroe; su pluma corría sobre el papel, ora con asombrosa rapidez, ora tarde y pesadamente. ¡Cuántas ideas asaltaban á su imaginación en aquellas vigiliat dulces al par que melancólicas! Llegaba á sus oídos el estrepitoso rodar del coche del ministro, que se dirigía á palacio ó á reunirse con sus compañeros para deliberar acerca de la votación perdida aquella mañana en el Congreso, ó sobre las últimas noticias venidas de Inglaterra ó de Francia, de Rusia ó de Turquía. Después todo quedaba en silencio; venía á interrumpirle el agorero aullido del perro que columbraba el odiado farolillo del traperero, y el sonoro grito del sereno que cantaba acompasadamente: las



[¿Wig ó Tory? Ciudadano.]

tres y embudo! ¡Qué varias sensaciones experimentaba el alma de Salvador! Anadia á las discusiones de los consejeros de la corona; creía ver el romántico puñal de la edad media amenazando al pecho del noble paladín que atravesaba la campiña confiado en la protección de su Dios, de su dama y de su brazo; y después descendiendo á pensamientos más verdaderos y exactos, consideraba que en esas horas se fraguan las jugadas de bolsa sobre seguro, los nombramientos sin méritos del agraciado, los contratos sin subasta, y otras cien mancebas que prueban hasta la evidencia la anodada moralidad del siglo en que vivimos.

Tal vez cansado un momento cesaba en su trabajo, pero bien pronto lo emprendía de nuevo. ¡Es tan dulce dedicar nuestros acciones á un objeto amado! Salvador consagraba su pensamiento á Fanny, porque en Fanny encontraba el bello ideal de la mujer que toda poeta forma en esos deliciosos ensueños en que el espíritu triunfa de la materia: en que el corazón manda y la cabeza obedece, en que el cielo permite que una cispa sagrada alumbre en nuestra débil y menguada razón. Sí, Fanny tenía la amabilidad de un ángel y el caudor de

una virgen, un corazón puro, tierno y ardiente y un talento claro y despejado, dotado de ese instinto de lo bello y de lo justo tan poco común como mal apreciado. Si copiar los encantos de su rostro sería largo decir al pincel de Murillo ó Rafael, el manifestar todas las perfecciones de su alma fuera tarea de todo punto imposible aun á mejor cortada pluma que la que escribe estos renglones.

El tiempo pasaba velozmente. Los primeros deseados laureles comenzaban á ceñir la frente de Salvador. Aconsejaron sus amigos que se dedicase al ingrato oficio de la política como medio de llegar a la cumbre de la cortesana fortuna; empero Salvador tenía un ánimo sobrado noble y altivo para vender su pluma á ningún gobierno ni ambiciosa hándicra. Escribió, sí; mas sus artículos francos é independientes atraeron la animadversión de todos los partidos; y no pocas veces tuvo que mantener espada en mano sus asertos y sus creencias. ¡Inconvenientes de decir la verdad en el siglo de la libertad de imprenta!

Sin embargo, la fama literaria de Lazan había llegado á ese punto en que los autores y editores regalaban un ejemplar de sus obras, en que el empresario de teatros envía un billete del drama nuevo próximo á representarse, y el novel bardo, futuro competidor de Rippi ó de Ereilla, pide como inestimable favor cuatro líneas de prólogo para colocar al frente de sus primeras poesías. Su reconocido valor, notoria independencia y vida tan escéntrica, dábanle un distinguido lugar en la sociedad madrileña, de suyo novelera y un tanto chispeña.

Atollado por el aura de los sonoros aplausos, amante correspondido de una celestial criatura, jecón dulce y prontamente corrían los días de nuestro héroe! En las plácidas tranquilas noches del verano, sentado junto á Fanny se desahucaban las horas con esa maravillosa rapidez que mas de una vez nos ha hecho creer que,

siglos dura el sufrimiento
y minutos el placer.

¡Ah! porque no podremos describir según se nos presenta aquellas tiernas y apasionadas escenas en que el poeta reclinaba su cabeza entre las castizas manos de la virgen que embebecida en esas palabras que pronunciaba los labios sin formular la cabeza, esos proyectos de amor sin celos, de confianza sin recriminaciones, de... ¿Pero por qué recargar nuestro relato? Aquel que haya amado y sentido comprenderá nuestras ideas; el que no, vanamente leerá nuestras frases, que ni acertará á explicar ni á entender.

CAPÍTULO IV.

EN QUE SE HACE VER LOS INCONVENIENTES DE PRONUNCIAR NOMBRES PROPIOS EN LOS CAFÉS Y DELANTE DE DESCONOCIDOS.

En la renombrada calle de Alcalá, esquina á la de Peligros, hay una casa de moderna y elegante construcción, cuya planta inferior ocupó un establecimiento que tiene sobre sus puertas la siguiente inscripción, que copiamos literalmente: CAFÉ SUIZO DE MATOSI, TASCOCI Y COMPAÑIA. Aquí conduciremos al lector á las ocho de la noche de un lluvioso día de diciembre, y dirigiendo una mirada á nuestro alrededor, veremos un local adornado con lujo y gusto, y una concurrencia habladora como una dueña de Quevedo, y afrancesada como los traducciones barceloneses. No tardaremos en distinguir al lado de una mesa á nuestros antiguos conocidos Arturo de Ulloa y Salvador de Lazan. En aquel momento decía el primero con cierta sarcástica sonrisa estas palabras de amistosa reconvencción:

—¡Conque al fin te casas, la handes? Tú, el poeta escéntrico, el novelista caballeresco, querido de *jeunes filles* y mirado con envidia de los *leontis* y *dandys*.

—Si tú amaras como yo, y estuvieras en mi caso, harías lo que yo.—No á fé: ¿sabes el porvenir *charmante* del matrimonio? Perder la libertad de asistir á los *salotantes* *soirées* sin convidado ninguno, tener en su casa un batallón de nodrizas y de *petits enfants*, y tal vez, y sin tal vez, sufrir las malignas murmuraciones de las personas de buen tono. Esto si tu mujer no es amiga de bailes, costosos trajes y galanteos; porque si tal sucediese, valdríate mas no haber nacido. Y cuenta que la inmensa mayoría de las hijas de Eva adolecen de los defectos que dejo indicados, y de otros que tallo porque no digo.

—Y di, contestó Salvador con su igual entusiasmo, ¿comprendes los inefables gozos de vivir siempre al lado de una persona amada, de aspirar su embalsamado aliento, de beber en sus purpúreos labios el primer virginal beso, de sentir, pausar y obrar como ella siente, piensa y obra?

—Mira, déjate de delirios. *Per troppo variar natura è bella*, por lo cual para seguir esta máxima, voy á emprender un viaje; vente conmigo: visitaremos el bullicioso París y admiraremos el *esprit français*; a travésaremos la Inglaterra, y oiremos cantar el *God save the King*;

tal vez lleguemos a la vieja Alemania, cuyos *chateaux* de campo encierran tantas leyendas del género *schwarzwald*; recorreremos después la patria de Ariosto y Miguel Ángel, y cuando volvámos la echaremos de *dilettantes*, y hablaremos *sotto voce* de spartanos y *tesitura*, prodigando *branos* á diestro y siniestro.

A este punto llegaban de su conversacion Salvador y su poliglota amigo, cuando fueron interrumpidos por dos caballeros jóvenes, que tomando sillas fueron á sentarse sin mas ceremonia alrededor de la mesa.

—Querido Arturo, exclamó el uno, vengo arruinado; acabo de perder en el *cartés* diez y ocho onzas en menos de dos horas.

—*Disgraciado en juego, felice en amore*, respondió Arturo.

—Es cierto, añadió el otro recién venido, nuestro buen Federico me venia contando su última conquista, y á fé que tiene motivo de estar satisfecho.

—Exageras, Rafael; una niña de diez y siete primaveras es muy fácil de enloquecer, y su mérito no es gran cosa. Si fuera la inocente Emilia, que después de veinte años de galanteos vino á caer en mis manos; ó la seductora Cocha de Valleumbroso, cuyo marido pretende tener ojos de Argos, y sin embargo...

—No prosigas, dijo Arturo con jovialidad, porque vas á quitar el honor á todo el bello sexo madrileño; dime quien es la *folá* muchacha que ha indicado Rafael.

No es historia larga. La ví por primera vez en el *matinée* musical de la señora de Santocruz: su peinado en *bandeaux* y la elegancia de su traje de fantasía, gró-meore cada, me arrebataron un momento; me declaré; fui bien conjeturado; al segundo día obtuve una cita de día, y al tercero fué de noche.

Una carcajada de Arturo y Rafael vino á terminar las frases de Federico. Este continuó:

—Tal es, señores, el fiel relato de mis relaciones con la encantadora Panny de Mendoza.

(Continuará.)

FERNIX VILLEDA.

¿WIGH Ó TORY? CIUDADANO.

La derrota de Culloden, la fuga del pretendiente, y la inacción en que permanecía este desde su regreso á Francia, eran para los partidarios de los Estuardos otros tantos motivos de pesar, pero no de desesperación. Diez años trascurridos sin tentativas de ninguna especie, y en cuyo tiempo la casa de Brunswick se habia afirmado mas y mas en el trono, no habian bastado aun para destruir enteramente sus ilusiones. Solamente que en las baterías asediadas contra la raza usurpadora, á falta de cañones, hacían uso de la intriga: á pesar de no ser mortífero esta manera de combatir, no dejaba de producir malos resultados, y mas de una vez habia entorpecido gravemente la marcha del gobierno. Jorge, á quien no se le proporcionaba la ocasión de una batalla campal para concluir de una vez con la agresión de sus enemigos, trató de vencerlos separadamente, y para conseguirlo recurrió á los arcos de la seducción.

Pero lo mismo que todos los partidos, el de los Estuardos se componía de algunos jefes honrados y fieles á sus principios, y de una gran porcion de ambiciosos oscuros, de intrigantes subalternos, de hombres perdidos y llenos de deudas, de descontentos de todas clases, de hombres, en fin, que no teniendo nada que perder, podían ganar mucho en un cambio de situación. Los primeros no eran hombres que sacrificaban sus convicciones por recompensa de ninguna especie: todas las críticas y halagos que se les hacían eran perdidos é infructuosos. En cuanto á los últimos, pronto siempre se entregaban al que una diara, hubiera bastado hacerles muchas promesas y cumplir algunas para atraerlos á cualquier partido; pero su número era barto considerable, y su valor individual demasiado ínfimo para que esta medida fuera puesta en práctica por un gobierno celoso por su honor.

Si Eduardo Melvil era uno de los jefes mas jóvenes y caballerescos del partido de los Estuardos. Su importancia, justificada por cualidades brillantes, habia llamado frecuentemente la atención de los hombres que empuñaban las riendas del estado; pero todos los manejos seductores de la coquetaría gubernamental se habian estrellado ante la firmeza y lealtad de su carácter. No se le podia acusar de ser un conspirador oculto y tenebroso; sus conferencias eran partidas de caza; sus luchas carreras de caballos; sus indicaciones políticas burlas mas ó menos simbólicas; eifraha su orgullo por ejemplo en matar la mejor res en una cacería, en sostener la apuesta mas enorme, en dar el banquete mas espléndido; los periódicos *torys* estaban llenos de noticias que referían la cetera puerilería de sus liras, las cantidades que habia perdido ó ganado, la calidad festiva de los manjares y vinos prodigados en sus fiestas gastronómicas. Esta manera de manejar

la política tenia muchos atractivos, y le habia valido una corte numerosa, compuesta de *gentlemen* arruinados, á quienes sus liberalidades consolaban de los rigores del juego ó de la devoradora avidéz de las mujeres; habia tambien en ella algunos poetas oscuros, furiosos por el poco éxito y celebridad de sus obras, y quienes hallaban mucho mas natural atribuir la indiferencia del público á su propia ignorancia que al poca mérito de sus versos.

Eduardo se paseaba un día á caballo en los alrededores de Londres con uno de sus inseparables. El tiempo era magnífico: la atmósfera se hallaba completamente despejada de nubes; el cielo estaba puro y sereno, y los rayos del sol aumentaban el brillo y la hermosura de aquellas praderas que son el orgullo del cultivador inglés. Improbable hubiera sido al hombre mas melancólico sustraerse á la influencia benéfica de aquella fisonomía risueña y animada que tenia la naturaleza. Una idea loca cruzó la imaginación de Eduardo.

—Jaimé, le dijo á su compañero, te propongo una *carrera de campanario*.

—Acepto.



(¿Wigh ó Tory? Ciudadano.)

—Apuesto cien libras.

—Lo sostengo. ¿Cuál ha de ser el término?

Eduardo extendió el brazo derecho y señaló la vela de una torre que se destacaba en el horizonte en el color azul del cielo, detrás de una espesura de árboles.

—¡Diable! dijo Jaimé, la torre que me enseñas nos anuncia algun castillo cuyo dueño podrá tener tal vez la osadía de decirte que no estás aquí en tus posesiones.

—No aceptas, cobarde?

—Nunca lo soy; acepto.

Y los dos ginetales, asegurándose en las sillas, se abandonaron al ardor de los caballos, cuya emulación contenida hasta entonces, no necesitaba estímulo de ningún género.

Jaimé aceptó pues; pero esto no era suficiente para ganar la apuesta: era menester que no se parase en el camino. Pero un malhadado barranco se cruzó en su carrera, y habiendo tenido á bien su caballo desembarazarse de su peso al saltarle, tuvo que hacer un alto forzoso en la alfombra de yerba mas suave y blanda que puede imaginarse.

El fogoso héroe, á quien esta primera escapada había agradado sobremanera, empezó entonces á dar coeces y saltos por la pradera de una manera muy graciosa y divertida, tanto que Jaime, después de haberse asegurado de no haber recibido lesión alguna, quiso cogerle; pero fué en balde, y durante un cuarto de hora caballo y jinete parecieron jugar á las cuatro esquinas.

Mientras esto pasaba, Eduardo, que no había reparado en la aventura de su competidor, seguía victoriosamente su carrera, y saltaba con la mayor gracia y soltura los barrancos, herrerías y demás obstáculos que se le oponían en los accidentes del terreno. Se aproximaba rápidamente al término que habían fijado, y se desarrollaba majestuosamente la fachada del castillo á la distancia de media milla.

Dos hombres, el amo y un criado, montaban á caballo en aquel momento delante de la puerta principal; sus miradas se fijaron con sorpresa sobre aquel desconocido que parecía no tener ni la mas mínima idea del respeto debido á la propiedad ajena. Pero si la primera impresion fué de ólera, la segunda fué de admiracion. Había efectivamente en el aire del caballo y en la sangre fría del jinete motivos suficientes para excitar el entusiasmo de un inteligente.

Eduardo llegó sin obstáculo al término, y volviéndose para medir con la vista la distancia que había atravesado y la que le separaba de su competidor, vió al infortunado Jaime entregándose al ejercicio saludable y recreativo que hemos descrito arriba. Este espectáculo promovió en el vencedor un acceso de hilaridad tan franco y contagioso, que los dos jinetes correspondieron con una carcajada no menos ruidosa y prolongada. Eduardo vió entonces que no estaba solo, y aproximándose al dueño del castillo le saludó con la mayor cortesania, y le rogó que le dispensara su proceder imprudente.

—Yo soy, caballero, contestó este, quien os debe dar las gracias por el placer que me habeis proporcionado. No había visto aun reunidos en un jinete tanto atrevimiento y sangre fría, y si no temiera cometer una indiscreción, manifestaría el deseo que tengo de saber el nombre del apuesto caballero que ha sabido ganarse en un momento todas mis simpatías.

—Me llamo Melvil, dijo Eduardo inclinándose.

Hubo entonces un momento de silencio; el nombre de Melvil parecía haber hecho mucha impresion en el dueño del castillo; pero pronto sucedió que su fisonomía tomó un aspecto mas franco y abierto, y que á la ceremoniosa política se unió la afabilidad propia de un hombre que quiere ganar un partidario ó un amigo.

Después de varios cumplimientos dichos por ambas partes con tanta finura como buen gusto, el dueño del castillo propuso un paseo, que fué aceptado por Eduardo con el mayor placer, y convinieron en que entre tanto iría el criado á prestar ayuda al pobre Jaime, que sufraba, sin ningun resultado, todos los recursos de la sábia teoría de las marchas y contramarchas, para capturar á su jovial y heroica montura.

El dueño del castillo tenía próximamente la edad de Eduardo, y contaba aun al parecer dos ó tres años menos; pero habla en su conversacion una delicadeza esquisita; nada ofensivo en lo concerniente á la política; un espíritu dominante de conciliacion cuando no estaba de acuerdo con su interlocutor; ni una palabra que pudiera ser desfavorablemente interpretada; y un deseo evidente de complacer. Eduardo estaba contentísimo, y á pocas palabras que hubiera adelantado su amable *Cicerone*, hubiera cambiado con él de muy buena gana un juramento inviolable de amistad.

—Por muy incansable que seas, dijo al fin este, supongo, sir Melvil, que una proposicion de mi parte no os parecería completamente desprovista del mérito de la oportunidad, siempre que tuviera por objeto el proporcionarnos, al abrigo del sol, un asiento mas blando que la silla de vuestro caballo; aceptad hasta la tarde la hospitalidad que os ofrezco cordialmente.

—Confieso francamente, contestó Eduardo, que esa proposicion no merece una acogida desdeñosa; sin embargo, aprovecharé gustoso esta ocasion para averiguar el nombre del que me dirige un convite tan amable.

—Me llamo Jorge, príncipe de Gales.

Eduardo paró su caballo al momento; su fisonomía, de franca y risueño que era, se tornó grave, y su ademán cortado manifestaba bien á las claras la embarazosa situacion en que se hallaba.

—Sir Melvil, prosiguió el príncipe con la sonrisa en los labios, en el terreno de la política somos enemigos; pero aquí solo hay dos caballeros amigos de placeres, que disfrutan juntos algunos momentos de distraccion, y que conservan la libertad, despues de separarse, de ser enemigos irreconciliables.

—Señor, tanta bondad y finura me confunden; pero me debo todo á mi partido; aceptando el convite que V. A. se ha dignado hacerme, me descreditaba en el concepto de los míos; permítame pues V. A. que no acepte, pues en mi lugar harían lo mismo.

—Sir Melvil, vuestros escrúpulos me parecen algo exagerados; sin embargo, toman su origen en un principio muy noble, y temeria yo

ser importuno insistiendo en mi proposicion. Admitid la sincera expresion del sentimiento que me causa el que no podais aceptarla, y de la verdadera estimacion que tributo á vuestro carácter noble y caballeresco.

El príncipe le saludó afectuosamente y se alzó.

Entonces llegó Jaime; había conseguido por fin apoderarse de su rebelde buccéfalo, gracias al auxilio eficaz que le prestara el criado del príncipe.

—¿Con quién hablabas? le preguntó á Eduardo.

—Con el propietario de ese castillo.

—Se puede saber de tener una posesion que pudiera muy bien llamarse real.

—Y lo es, Jaime; si nuestra carrera al través de campos y vallados no nos hubiera desorientado un poco, habiéramos evitado la torpeza de no conocer el dominio del que lleva el título de heredero de la corona de Inglaterra.

—¿Es posible?... Ese joven...

—Era el príncipe de Gales.

—¿Y te ha dirigido la palabra?

—Ha hecho mas aun; me ha convidado á comer.

—¿Sabiendo quién eres?

—Sabiendo quien soy.

—¿Y has aceptado?

—Ha rehusado.

—Bien, Melvil, muy bien; ese rasgo de delicadeza hará honor á nuestro partido; es menester que todo Londres le sepa esta noche, y yo me encargo de darle publicidad.

MI VIAJE

A LA REPUBLICA DEL ECUADOR.

(Continuacion.)

II.

RIO CHAGRES.

Mayo de 1842.

Tras nueve dias de navegacion en una goleta vieja, pequeña, pesada, sucia y magüer inglesa no nada confortable, anclamos frente á un misero y enfermizo pueblecillo llamado Chagres, situado sobre un ribazo en la confluencia del mar de las Antillas y del río llamado de los Lagartos, y tambien Chagres.

Aídea es aquella metida en un hoyo lleno de charcos, y bañada siempre por el río, circuida además de elevadissimas montañas, y tan sumamente enfermita, que pocas horas han sido suficientes para dar en el hoyo con muchos viajeros acometidos de fiebres malignas, habiendo empleado infructuosamente los febrífugos reputados por los mas eficaces: dicho punto es conocido por los viandantes con el nombre que se ha hecho proverbial, de Sepultura de europeos: así que, estos, y hasta los mismos americanos lo miran con pánico terror, como los antiguos á los dos escollos de Escila y Caribdis, en Masina, antes que hubiese un faro en dicho estrecho.

Conténtanse generalmente las gentes que allí van contemplando á Chagres desde bordo, porque hay la proporcion de meterse desde luego si se quiere á emprender la navegacion rio arriba, y con solo desviarse de aquel punto á unas seis millas varia enteramente la temperatura, de mortifera que era, en muy sana. Con todo, en este caso sucedió de otro modo; el pánico terror no alcanzó al señor de P., ni á Luis su hijo, y hablaron de ir á tierra á escoger y fiatar la canoa que mejor les entrárase; dicho y hecho; aunque con alguna repugnancia por parte de mi madre, que temia por nosotros, saltamos á una piragua pequenísima y á tierra nos fuimos; he dicho nosotros, porque nos fuéj hubiese sido que pasara un caiman por el ojo de una aguja, que dejar yo de satisfacer mi curiosidad entrando en el reino de Chagres y visitar sus edificios!...

Pero tocante á estos, solo vieron mis ojos una vivienda que tuviese fachada de casa; única que gozaba el privilegio de poseer un tejado construido de tejas; todo lo demás eran chozas habitadas por gentes negras, amarillas, cobrizas; respecto á rubias, solo vi, y no había mas que un alemán, amo de la casa en cuestión, que era un espécimen de fundia y depósito de comestibles, en donde los viajeros que iban en direccion á Panamá podian surtirse de ellos para la navegacion del río, pero donde los que venian en direccion á las Antillas tenian que hospedarse por fuerza hasta que asomara por allí de vez en cuando alguna buque que fuese á cargar pieles y zapar cuantó antes, porque con solo una semana de estar allí fondeados, había que enterrar media

tripulación, por las razones arriba espuestas (hoy día no son necesarias esas precauciones, porque hay vapores que van allí periódicamente, sacan y admiten los pasajeros, y se salvan de ese modo muchas vidas).

Nosotros nos felicitamos de nuestra ocurrencia de ir a visitar a aquel alman humanitario que sin duda miraba con filosófica indiferencia lo de vivir veinte años más ó menos, cuando tuvo valor de instalarse allí para siempre; digo que nos felicitamos, porque como tantos otros viajeros habíamos allí llegado, sin tener en cuenta, que si no comprábamos viveres, no comeríamos casi nada en cinco días que iba á durar nuestra navegación en el río, por dos razones: por ser contra una furiosa corriente, y porque durante las noches la navegación era impracticable, habiendo de pasarla amarrando al tronco de un árbol la canoa; tanto por este aviso que nos dió el bueno del alemán, cuanto porque nos hizo tomar en consideración que en toda la orilla del río no se encontraba ni una sola fonda, sino algunas miserables cabanas indianas y muchos cajonales, lagartos de cinco y diez pies de largo, le dimos algún dinerillo á ganar comprándole todo aquello que á quizo recomendarlos, como pan, galleta, jamón, queso, escabeche, sardinas de Nantes en latas, salchichon, tamarindos y jarabes para los aficionados á refrescar... que tocante á mí, solía atenerme á un vino de Oporto, que no era de leña; con todo aquello nos metimos dentro de tres gran canoa conducida por seis vigorosos indios de formas académicas, pero aun más sencillamente vestidos que nuestro padre Adam (cuando expulsado del paraíso recurrió á las hojas de papa y otras), de modo que como aquello pasaba de raya; y tanto porque venían mujeres, cuanto porque nosotros mismos no teníamos gran curiosidad que digamos por mirar formas, galantemente le compramos á cada uno un pantalón de lienzo azul listado; nos dieron las más expresivas gracias, y doblandolos con cuidado, juraron hacer uso de ellos en alguna grande ocasión; á duras penas les hicimos comprender que esta había llegado; pusieronlos por mandato del patron que no era nada Adam, porque usaba sembrero, jipijapa, camisa, pantalón y zapatos! se titulaba á sí mismo piloto, sin señal de agua dulce.

Através nuestro nuevo vehículo al costado de la goleta, donde mi madre nos aguardaba impaciente, y la recibimos dentro de nuestro remedo de velocina gándola; después á nuestras demás gentes y nuestros equipajes; solo continuo nos internamos río arriba, perdiendo de vista al mar de las Antillas, para ir en busca de otro Océano llamado el Pacífico, mas allá del istmo llamado de Darien ó de Panamá.

Jamás debí de pasar en silencio el nombre de otro compañero de viaje; pero no es tarde, y voy á remediar esta falta ahora mismo, hablando del secretario de P.^a, llamado D. Juan Pio Montázar, hoy marqués de Selva Alegre, joven apreciable, bello sujeto en toda la acepción del término: en cuanto nos encontramos en el río le acometió una gran sed (esta aventura, aunque peculiar, la refiero por ser la primera que aconteció en el río), tuvo sed, repito, y por consiguiente era cosa de beberse un vaso de agua con jarabe del que compramos en Chagres; se apoderó pues de una botella, y al ir á destaparla con suma confianza, porque al fin no era ninguna botella de cerveza ni champagne, mas sin duda fermentaria con todo, porque como un pistoletazo sonó el tapon, que fué á darle en mitad de las narices, llenándole dulcemente todo el rostro de simbar, haciéndonos reír hasta de risa á todos, y á él el primero.

Nuestros indios, por entonces, dejando los remos daban impulso á nuestro vehículo con largas palanetas; reinaba un silencio profundo; como por ensalmo vímonos trasportados á otro mundo nuevo, desconocido, poético en su grado; ya no vimos nada de lo que teníamos delante, nada de lo que dejado habíamos á nuestras espaldas, nada del firmamento, ni mar, ni buque, ni pueblo, ni monte, porque nos circundaban por do quiera árboles, formando sobre nuestras cabezas una bóveda de espesísimo follaje, sin dejar ni aun penetrar la luz del sol; espesura umbría, fresca, misteriosa, encantadora....

Cada uno de nosotros recibía sus impresiones á su modo, pero todas, estasiados, no solo viendo y esperando ver algo mas asombroso aun al concluir aquella arcada natural, sino además oyendo atentamente el concierzo armonioso producido por los dulces trinos de todas las aves de la creación que allí moran, de vistosísimos plumajes, de gayas colores, y muchos de nombres vulgarmente desconocidos; y no solo el concierto de las aves se insinuaba en nuestras almas, si que además el producido por la naturaleza entera, por el armónico ruido de los mismos copudos árboles al atravesar por entre su follaje la blanda brisa, por el murmullo del mismo río en su corriente, de ese murmullo que anda, de esa inmensa serpiente de azul y plata, larga de 24 leguas, y en fin porque allí materialmente cada yerba tiene una nota particular. Digo á veces los tonos graves del órgano; á poco son otros sonidos mas ligeros que van errantes por esas bóvedas verduzcas. Todo aquel conjunto de sonidos produce ciertamente una formidable

orquestra que llena las selvas, orquesta que para mayor efecto interrumpe á cortos intervalos de silencio, y en ambas orillas, porque en ese punto es muy estrecho el río, se perciben muchos pájaros exóticos que van á posarse sobre una piedra, cual sobre una rama, y pelicanos blancos de patas encarnadas, los que mirándose cual en un espejo dentro del agua, aumentan su número; otra vez y otras oíd la música pérea comienza á resonar, y continúa, ora formidable, amenazadora, ora con dulces quejas, y unos murmullos compuestos de otros murmullos mas suaves; todo, todo, en fin, es resaca de armonía.

Elastic, reconcentrado permanecí dentro de mí mismo; meditaciones.... ¡Oh! meditaciones hermosas!... Secretos é inefables encantos de un alma que goza de sí misma; allí, en los inmensos desiertos de América, es en donde se aprende lo que valeis, exclamaba interiormente, acordándome de un vate ilustre que ya no existe! Ahora mismo, con las reminiscencias gregas de aquel país, de aquel río, de sus temibles márgenes, de la asombrosa vegetación de las selvas vírgenes que descubrimos al terminar la bóveda de hojas, y á la vista de aquellas gigantes montañas, que cual si fuesen los pedañitos de la escalinata del cielo, terminaba en el cielo mismo, no puedo menos mi imaginación que de inflamarse, ni mi espíritu que de volar nuevamente á aquellas regiones, y palpar mi corazón con no acostumbrada velocidad.

El primer día se pasó en estas meditaciones, y los restantes, de que pronto volveré á hablar, fueron señalados cada uno por algun suceso notable, para nosotros al menos, que á cada paso presenciábamos cosas que jamás habíamos visto, y que reunían á la novedad el atractivo de la sorpresa.

¡Cuánta razón tuvo quien dijo que viajar es aprender á conocer los hombres y la naturaleza, y que es el único modo de adquirir la ciencia del conjunto de las cosas! Si, los viajes son á la vez el libro que guía á los sabios, y el encanto que atrae á los que desean instruirse. Al fin y al cabo viajeros somos todos en el mundo, y ninguno sabe el día de mañana á qué país se verá precisado á pedir el pan para su familia. Yo ya he significado haber viajado mucho por destino; pero si mi fortuna me permitiese viajar por placer, no estaria contento hasta dar lo menos tres veces la vuelta al mundo; así como así un sabio geógrafo ha calculado que un hombre que comenzara su peregrinación á los diez y ocho años y la acabara á los sesenta, con solo andar cuatro leguas diarias en su vida, daría siete veces la vuelta á nuestro reducido planeta. Mas yo á los diez y nueve años ya regresaba de mis viajes: desde entonces no he salido de España; pero volvamos á los diez y ocho, y á colocarnos en el río Chagres, en la república de Nueva-Granada, hermoso país de la meridional América, de treinta leguas de largo sobre treinta de ancho, territorio que en el año 1825 aun pertenecía á la corona de España, como el Perú, etc., que fué perdido en la batalla de Ayacucho, ganada contra los españoles por el general colombiano llamado Sucre.

Nueva-Granada posee minas de oro, de cobre, de plata, muchos caballos silvestres y mulas; hay buenos pastos, muchos granos y frutos; la capital es Santa Fé de Bogotá. Después del río Chagres se encuentra la aldea de Cruces, y empieza la expedición de Darien ó de Panamá, istmo que une las dos Américas (de todo hablaré en particular).—El istmo tiene en su punto mas ancho cuarenta leguas; pero por donde lo pasaremos nosotros, que será el mas estrecho, siete. Sigue después Panamá, colliere por las hermosas perlas que se togen en sus playas. Y llegados allí, pregunto yo, nos daremos por satisfechos?—No!—¿Pues dónde bueno?—¿Dónde?—No estará satisfecha nuestra ambición hasta tanto que mal grado de San Agustín y de otros sabios antiguos, no nos hallemos precisamente debajo de esa equinoccial línea, de esa circulo mayor que la tierra describe, de esa línea que atraviesa por todos los países, en donde son iguales con los días las noches: el Ecuador! en fin.

Cuando el sabio San Agustín escribió, y que otros sabios lo creyeron como artículo de fé, sin hacerse cargo que como hombre era falible; cuando escribió, repito, que no podía haber habitantes en el Ecuador, sin duda pensaria que solo era una nota la cosa física de las climas, á saber: la acción del sol en la atmosfera, sin tener en cuenta que son muchas más, largas de enumerar, y que después de la citada pueden reducirse á otras ocho principales.

- 1.^a La temperatura particular del globo.
- 2.^a La elevación del terreno sobre el nivel del Océano.
- 3.^a El vertiente general del terreno y sus variaciones locales.
- 4.^a La posición de sus montañas relativamente á los polos cardinales.
- 5.^a La cercanía de los grandes mares y su situación relativa.
- 6.^a La naturaleza geológica del suelo.
- 7.^a El cultivo de un país y su población.
- 8.^a Los vientos que en él rean.

La zona tórrida no tiene mas que dos estaciones, la seca y la lluviosa; la primera el verano, la segunda el invierno de esta clima, y

bien estan en oposicion directa con el verano é invierno celestes, porque la lluvia sigue al sol. La zona ecuatorial propiamente dicha es templada, á pesar otra vez de San Agustín y otros antiguos cuyo razonamiento era el siguiente, á saber: que yendo en aumento el calor desde el trópico al Ecuador, el centro de la zona tórrida era inhabitable; mas de entonces acá la experiencia ha demostrado que son muchas las circunstancias que contribuyen á darla una temperatura soportable: sin las ya enumeradas hay las nubes, las grandes lluvias, las noches naturalmente frescas y de duracion igual á la de los dias, una fuerte evaporacion, la vasta estension de los mares, la proximidad de unas montañas altísimas cubiertas de nieves eternas, v. g. la cordillera de los Andes, que son causa de que en el valle de Quito reine una eterna primavera.

Nada iguala la belleza del verano en la zona tórrida; el sol levántase horizontalmente, á través en un instante las nubes ardientes de Levante, é inunda la bóveda del cielo con una luz vivísima cuyo resplandor no interrumpe sombra alguna.

La luna asimismo brilla con resplandor menos pálido; los rayos de Venus son mas vivos y mas potos; la via láctea de una claridad centellante, y á esa pompa de los cielos debe añadirse por complemento lo sereno del aire, la calma de las olas, el lujo de la vejetacion, las formas gigantescas de las plantas y de los animales, toda la naturaleza, en fin, mas grande, mas animada, y sin embargo menos inconstante y menos móvil.

Hásemos deslizado la pluma en una digresion geográfica que no habia prometido; bueno será interrumpirla á fin de volver á tomar el hilo de la primeramente interrumpida narracion del rio de los Lagartos.

Amarrada la canoa al tronco de un robusto cedro, pasóse perfectamente la noche primera: choza inmediata á aquella orilla no habia; espacioso y capaz por otra parte nuestro barco, tenia á popa una carroza ó toldo á guisa de tartana, construida de cañas, un encerado, y hojas de palmera y de plátano; debajo de ella dormimos, y encima de nuestros colchones los indios haciendo entre si por turnos centinela, vigilaban y guardaban nuestro sueño, que no obstante de ser sin sábanas y con vestidos, fué regalado.

Los misteriosos ruidos de la noche, junto con el murmullo de las ondas, y ayudadas de las vespertinas brisas, mecian suavemente nuestra góndola, y nos proporcionó un sueño mas grato que el mejor lecho.

Tambien fué magnífico y sorprendente el despertar: apenas rayó el alba, que fué saludada la aurora con el estruendoso canto de todas las aves de la creacion; nuestros pulmones respiraron ávidos las auras matutinas; nuestros ojos deleitáronse de nuevo con bellos espectáculos, y nuestros corazones nuevamente se estremecieron de gozo.

(Continuará.)

PEDRO DE PRADO.

LA TARDE EN EL MAR.

BARCAROLA.

Ya el sol descende
tras de los montes,
y en fuego enciende
los horizontes:
boga, barquero,
corta ligero
las claras ondas del ancho mar:
La fresca brisa
que en torno vuela
con blanda risa
llene tu vela:
boga, que el alma
que está sin calma
quiere en los mares libre gozar.
Al son del agua
que agita el viento
químera fragua
mi pensamiento,
y en la alegría
mi fantasía
se eleva en alas de la ilusion;
Y en esas nubes
de azul y rosa
con los querubes
sueña gozosa;
y el mar que gime
con voz sublime
calma las penas del corazón.

Tienda su velo
la noche triste
que el ancho cielo
de luto viste;
y en sus estrellas
con luces bellas
soñemos ambos lo porvenir:

Nuestros dolores
adormiremos,
y en sus fulgores
gozar creeremos
la dicha inmensa
que el alma piensa
y el labio apenas puede decir.

ANTONIO ARNAO.

Madrid, junio, 1833.

LA ÚLTIMA HOJA.

EN UN ALBUM.

Hoja, de tantas en pos,
dad á un triste que os escoja;
y comprenderán por vos
que es triste como un adiós
la última hoja.

¡Ay! Cuando al chopo aterido
rudo el aquilon despoja
con monótono ruido,
siempre le arranca un gemido
la última hoja.

Pobre de gaia y encanto,
tal vez un libro se arroja;
tal vez interesa tanto,
que se humedece de llanto
la última hoja.

Si hojas de fecunda palma
son en placer y en congoja
las ilusiones del alma,
guarda en tempestad y calma,
la última hoja.

E. FLORENTINO SANZ.

A J..

EN UN ALBUM.

Entre los rumores vanos
del mas oscuro café,
donde jóvenes sin fé
cuentan amores livianos,
nada te escribo, que aquí,
aunque es mucha tu belleza,
la mas galante fineza
es no acordarme de ti.

ADELARDO L. DE AYALA.

«Quien calla no dice nada,»
dijo un sabio en amor duchó;
pero es su máxima errada,
porque un alma enamorada
cuando calla, dice mucho!...

FERNANDO OSSORIO.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

Deja Colon á España, y planta la bandera de Cristo sobre nuevos mundos, á pesar de los sábios de Salamanca.

Director y propietario, D. Angel Fernández de los Ríos.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO DE ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra